

ANA MARÍA FORNEAS

Sin testigos



éride ediciones

Capítulo primero

Renata Vega Carrión, señora de Bernárdez, camina presurosa, intentando escapar de las primeras gotas de lluvia que, simulando monedas, comienzan a aparecer sobre el asfalto. De su brazo derecho pende una bolsa de red de la cual, a través de las rendijas, asoman cuatro naranjas, otros tantos plátanos, seis u ocho patatas de tamaño mediano, un repollo y dentro de un envoltorio de papel de periódico se esconde media docena de huevos. En su mano izquierda, una mal envuelta hogaza de pan. Las escasas viandas le han costado casi medio sueldo de lo que gana Julián, su marido, a lo largo de toda la semana.

Las naranjas, los plátanos, la mitad de los huevos, más un par de patatas están destinadas a la alimentación de Fidel, su hijo de apenas tres años. El resto para Julián y para ella, junto con un puñado de lentejas con más bichos que legumbre que guarda en una lata, en el vasar de la cocina, al lado de un tarro con un poco de azúcar y una tableta de chocolate, ambas cosas traídas por Evaristo en su última visita, hace ya más de dos meses. La mujer comienza a estar preocupada porque Evaristo nunca ha tardado tanto entre visita y visita.

Renata le echa de menos por dos motivos: Evaristo es un muy querido amigo y fue su novio antes de la guerra. Al creerle muerto, ennovió con Julián y acabó por casarse con él. Todavía recuerda cuando, en vísperas de su boda, regresó Evaristo, sano y salvo. Ya era tarde. Evaristo, todo un caballero, un hombre de cuerpo entero, lo comprendió, se acomodó a la nueva situación y entendió por qué Renata, el amor de su juventud, se iba a casar con otro. Fue testigo de su enlace y posteriormente padrino del pequeño Fidel; y, por añadidura, se convirtió en el máximo sustentador de la familia Bernárdez, con las reticencias lógicas por parte de Julián, quien se sentía humillado, pero se dejaba convencer por Renata de

que la protección de Evaristo era desinteresada y beneficiosa para la familia.

—No te preocupes, él puede, a nosotros nos viene de perlas y a mí no me quita ningún trozo. Que no se te olvide que gracias a Evaristo conseguimos salir adelante y vivir un poco mejor de lo que lo haríamos solamente con tu sueldo y, por favor Julián, no veas en ello un reproche. Es la pura realidad y tú lo sabes.

—Sigo sin fiarme —contestaba Julián—. Es un hombre y te quiso, tal vez, todavía te siga queriendo. Nadie es tan bueno y noble como para ceder a otro la mujer que dice amar.

—Tal vez sea así, pero no conoces a Evaristo, su caballerosidad, su respeto hacia mí, hacia nosotros, está por encima de cualquier otro sentimiento. Créeme, por la mente de Evaristo no pasa nada pecaminoso, solo el prestarnos ayuda.

Julián escuchaba y asentía, pero receloso no acababa de convencerse. Ahora que Evaristo llevaba bastantes días sin aparecer por la casa, se sentía más conforme, aunque los alimentos escasearan en la despensa.

Evaristo Cifuentes pertenecía a la Falange y, debido a ello, disponía de dinero, de ropas, de alimentos con lo que proveía a la familia Bernárdez. Por amistad y por cariño, cada vez que venía a Madrid a negociar las cosechas y a cualquier asunto relacionado con las gestiones de la finca en la que trabajaba o, más bien, gobernaba como agrónomo, aprovechaba para visitar a su ahijado y proveer al matrimonio de los alimentos que no podían conseguir con los cupones de racionamiento.

Antes de que Renata alcanzara el portal, las gotas de lluvia se habían convertido en un chaparrón del que ella malamente intentaba escabullirse arrimándose a la pared y protegiéndose bajo el alero de los tejados. Subió apresuradamente las escaleras, con la intención de descalzarse cuanto antes y poner a secar los zapatos que no parecían muy mojados, pero que al ser los únicos que tenía no podía consentir que se le estropearan.

Julián estaba sentado a la mesa del comedor y a su lado el niño intentaba hacer unos dibujos sobre un papel que su padre le había facilitado.

—Renata, has tardado mucho. ¿Te has mojado? Parece que ahora llueve bastante.

—Sí, ha empezado a llover fuerte, pero por suerte no me he mojado mucho. Lo siento por los zapatos, al ser de mala calidad, enseguida se abomban y se deforman. ¿Por qué no coges unas hojas de periódico y los atacas para que no cojan mala forma al secarse, mientras yo vacío la bolsa y coloco lo que he traído?

Julián, como si le hubieran aplicado un resorte, se levanta, va al aparador, abre uno de los cajones, saca un periódico al que arranca un par de hojas y con ellas embute los zapatos de Renata y los lleva a la habitación del matrimonio.

—Seguimos sin noticias de Evaristo —informa cuando regresa de llevar los zapatos—. Vas a tener razón Renata, es un poco extraño lo que está tardando Evaristo esta vez. Ya sabes que no son de mi gusto tantas visitas, pero son necesarias y, pensándolo bien, es un amigo y en estos tiempos que corremos un amigo es algo sumamente útil y necesario.

—Efectivamente Julián, parece que te vas convenciendo, no debemos ser egoístas y pensar solamente en Evaristo como lo que es en realidad, nuestro benefactor, sino hacerlo como el amigo entrañable que siempre ha demostrado ser. Estoy pensando que si a lo más tardar en una semana no viene, me he de acercar a Sindicatos a preguntar por él.

—Ni hablar, no te dejo que vayas. En menudo lío te puedes meter. Eso que dices es una insensatez.

—¿Y por qué me voy a meter en un lío? Solamente voy a interesarme por un amigo.

—Te preguntarán de qué le conoces, cómo te llamas; no sé, te pedirán pelos y señales. Te lo repito, no quiero que vayas, no son tiempos para arriesgarse. En tal caso, tendría que ir yo y no pienso hacerlo; no tengo nada que esconder, bien lo sabes, pero... no hablemos más del tema, no vamos a ir ninguno de los dos. Hay que dejar correr el tiempo y que los días transcurran. Recuerda que en una ocasión también tardó mucho tiempo en venir, entonces no te inquietaste, ¿por qué ahora sí? Tienes los mismos motivos que entonces, a excepción de que en aquel momento teníamos provisiones en la despensa

y ahora está vacía. Si eso es lo único que te preocupa de su ausencia, pobre Evaristo, mal le estamos pagando el mucho bien que nos hace según tú, pues parece que toda nuestra existencia se la debiéramos a él.

—Julián, eso son celos y sabes que no debes tenerlos ni de él ni de ningún otro. Para mí, tú y nuestro hijo estáis por encima de todo, lo que no quita para que siga preocupada por la ausencia de Evaristo. Dejemos de hablar de él, ya aparecerá, y olvidemos también, momentáneamente, la visita a Sindicatos. Como bien dices, solo puede causarnos más dolores de cabeza. Vivimos unos tiempos en los que todavía lo mejor es pasar desapercibido.

Renata y Evaristo se conocían desde pequeños: juntos jugaban al salir del colegio, en la Plaza de las Comendadoras, y juntos continuaron años más tarde, cuando bajaban paseando desde casa de Renata, cruzando la Plaza de España, hasta llegar a los altos del Príncipe Pío y Cuartel de la Montaña, desde donde podían divisar la sierra madrileña, a la que tanto ansiaban ir de excursión. Un día se enamoraron o pensaron que aquellos sentimientos que albergaban dentro de sí eran amor; y de esta manera, poco a poco, su amistad se convirtió en amor profundo por parte de Evaristo, quién adoraba a Renata y esta, más bien, se dejaba querer.

Evaristo era un real mozo, alto, atractivo, simpático, alegre y con don de gentes; estudiaba y su meta era ser perito agrónomo. Renata era una chica encantadora, moderna, sin llegar a la exageración; estaba a punto de terminar el instituto y su máxima ambición era casarse con Evaristo, formar un hogar y tener al menos un par de hijos de aquel hombre maravilloso que le había tocado en suerte. La pareja era la envidia del vecindario, todo el mundo decía: «qué buena pareja hacen. Son tan guapos los dos...». Sus ilusiones se rompieron en el camino: eran tiempos convulsos, la República daba las boqueadas y, finalmente, la guerra había estallado. Evaristo, afiliado a la Falange, marchó al norte a luchar al lado de los nacionales.

—Renata, mi amor, cuídate mucho —le dijo al despedirse, al tiempo que la besaba apasionadamente. Te escribiré

cada día, si las cosas empeoran y veo que mis cartas no te van a llegar, las guardaré cerca de mi corazón y a mi regreso las leeremos juntos, ¿te parece? Renata no contestó, correspondió a sus besos, mientras gruesos lagrimones caían por sus mejillas, que le impedían ver desde el andén de la estación del norte cómo el tren abarrotado de soldados se alejaba envuelto en una nube de humo espesa y pestilente. Se agarró del brazo del señor Benigno, padre de Evaristo, y junto con él y su hermano Salvador, salieron de la estación, encaminándose por la cuesta de San Vicente arriba hasta llegar a la Plaza de España.

Durante el trayecto, ninguno de los tres abrió la boca. Solamente de los labios de Renata se escapaba de vez en cuando un suspiro. El padre de Evaristo caminaba con paso lento, cabizbajo, el pecho agitado por la subida de la cuesta y Salvador, su otro hijo, más joven que aquel que iba camino del frente, llevaba la mirada fija en un punto imaginario y no se sabía en qué pensamientos podía ocupar su mente.

Al llegar frente a la iglesia de San Marcos, se separaron. Renata vivía enfrente, un poco más arriba, en la misma calle de San Leonardo; saltó por encima de la barricada formada por sacos terreros y en dos pasos más penetró en el portal. El señor Benigno y su hijo Salvador, torcieron hacia la calle de los Reyes y continuaron hasta San Bernardo, donde vivían, casi esquina a la calle del Divino Pastor.

—¡Hola Julián! —Saludó Renata al tropezarse en la escalera con su vecino del tercero derecha.

—¿Qué tal Renata? ¿Cómo ha ido la despedida?

—Como todas las despedidas, triste, pero en estos momentos y con estas circunstancias, ya te puedes suponer. ¿Tú no vas al frente?

—No, yo me quedé aquí cerca, en Colmenar, voy destinado a Intendencia, ya sabes, por mi madre. De momento, tienen un poco de consideración.

—Me alegro por ti y por tu madre, tenerte cerca será menos sufrimiento para ella. Dentro de un rato, subiré a verla. ¿Cuándo te vas?

—Se supone que para la semana próxima, ya sabes, como está todo tan revuelto. Mientras estoy aquí, si necesitas alguna cosa, no lo dudes; y luego también. Ya pasaré a verte, cuando venga a visitar a mi madre, suponiendo que pueda hacerlo, no sé si darán permisos. Por el momento, nada se sabe, está todo tan mal que ni ellos mismos saben qué hacer ni cómo organizarse, ya sabes —repitió la frase como un latiguillo.

Renata, ya sabía; sabía que doña Amparo, viuda reciente de don Alejo, del que se rumoreaba fue afecto al régimen de la República y que debido a ello gozaba de ciertas prebendas que otros no tenían, como aquella según la cual su hijo no iría destinado a la primera línea de fuego. Se quedaría en la retaguardia, contando y recontando sacos de alimentos, fusiles, metralletas, pistolas y quién sabe qué otras cosas. Renata, en contra de lo que opinaba la mayoría del vecindario y mucha gente en el barrio, no pensaba mal de doña Amparo y de su hijo. Eran malos tiempos y como decía Evaristo: «Hay de todo en la viña del Señor» y en todas partes hay gente buena y mala, a la que hay que juzgar por sus actos y solo por ellos, no por sus creencias políticas o religiosas.

La máxima preocupación de Renata era ignorar hasta cuánto duraría aquella guerra absurda y fratricida que acababa de dar comienzo. Las bombas, los obuses, comenzaban a caer inmisericordes sobre la capital de España. La mayoría de la gente apenas salía de sus casas y los que lo hacían era de una forma apresurada, excepto durante las horas en que había que guardar colas interminables para obtener algún tipo de alimento. Las cosas no pintaban bien: cada día que transcurría había más necesidades y menos medios con que cubrirlos.

Un mes largo había transcurrido desde el día en que Evaristo fue despedido en la estación, camino de lo desconocido, cuando Renata recibió su primera carta. Escribía desde Miranda de Ebro.

Queridísima y adorada Renata:

Después de un viaje excesivamente lento y preocupante ante lo desconocido, al fin hemos llegado a nuestro destino,

aunque no es el definitivo. Pasaremos aquí algún tiempo, parece ser que de entrenamiento, hasta que nos asignen a algún frente.

Nada puedo contarte todavía, salvo que te echo mucho de menos; tal vez no debería decírtelo, pues sé que te apenará, pero espero que tú también me echés de menos a mí y me recuerdes a todas horas, como yo lo hago. Recuerda también que te pedí que visites a mi padre y mi hermano, cuando puedas, y que no dejes de ayudar a mi padre a que sobrelleve mi ausencia: tiene el carácter débil y se desmorona enseguida y Salvador es todavía demasiado joven para hacerse cargo de la situación. Tú eres una mujer fuerte y sé que no te importará preocuparte y que, dentro de lo posible, no les falte de nada. Esto que te digo, es una tontería, son momentos en los que falta de todo, desde lo más primordial para el sustento, hasta la sensatez para que esto no sea duradero. Al menos deseo que no les falte apoyo y un poco de afecto.

Tengo que dejarte, volveré a escribirte esta misma noche y como te prometí, si las cosas van a peor y veo que mi correspondencia no te va a llegar, la guardaré como ya te dije, para compartirla contigo a mi regreso que ansío sea pronto.

*Mi cariño, mi amor y todos mis mejores deseos para ti.
Besos.*

Evaristo

Todavía tenía Renata en sus manos la carta de Evaristo, cuando sonó el timbre de la puerta, seguido de unos golpecitos suaves en la madera, lo que quería decir que era alguien conocido el que llamaba. Se levantó y acudió apresurada, entreabrió la mirilla y observó. Apoyado en la barandilla estaba Julián, apurando una colilla que a duras penas mantenía entre sus dedos. Ella abrió la puerta invitándole a entrar.

Al tiempo que arrojaba la colilla lejos de sí, Julián se acercó a la puerta y le preguntó: ¿estás sola?

—Sí, mis padres han salido, pero regresarán enseguida. ¿Querías algo?

—Despedirme.

—Se lo diré, no te preocupes. Te deseo lo mejor y ten cuidado —pidió Renata—, y alargó una mano hacia Julián. Este dio dos pasos y se la estrechó, al tiempo que la acercaba hacia sí y le daba dos besos, uno en cada mejilla.

—No te importará que te bese, no solo somos vecinos, también amigos y además en estas circunstancias lo mejor es despedirnos como es debido.

—Me parece bien, claro que sí, entre amigos, no tiene importancia.

—Supongo que ese papel que tienes en tus manos, es carta de Evaristo, no es así —inquirió curioso Julián.

—Efectivamente, así es, todavía ni tienen destino, están... no sé, de maniobras o algo por el estilo; no entiendo ni me interesa demasiado el lenguaje militar.

—Muy lógico, las mujeres en España de milicia nada, mucho mejor, no es algo agradable y no es profesión para vosotras.

Renata calló, que le importaba a ella lo que Julián opinara acerca de si la mujer podía o no empuñar un fusil. Precisamente era quien menos debería de hablar porque entre sus partidarios, o al menos entre los de su difunto padre, figuraban muchas mujeres que vestidas de mono y fusil en mano decían que luchaban codo con codo con los hombres; y muchas de ellas eran más aguerridas y tenían menos miedo que aquellos a los que llamaban camaradas. Cada vez tengo más claro que dependiendo de qué y en qué circunstancias las mujeres valen para todo o no valen para nada. —Reflexionó.

Julián desapareció de su vista y, tras dudar un instante, cerró la puerta, se apoyó en ella y comenzó a releer la escueta misiva que le había llegado de Evaristo.

No podía contestarle porque Evaristo no daba ninguna dirección a donde poder hacerlo. Ya le advertía que estaban de paso hacia no se sabía dónde. Renata suponía que serían enviados a aquellos puntos donde fuera necesario luchar, para hacerse con ciertas plazas y no dejar que el enemigo les ganase terreno. No, no entendía de argot militar, pero en contra de lo que Julián opinaba, a ella le gustaría saber qué estaba pasando

y en qué zonas del territorio se sucedían las escaramuzas, si avanzaban unos y retrocedían los otros, o viceversa.

Cada día que transcurría era más peligroso salir a la calle y también quedarse en casa, pero había que hacer una de las dos cosas o las dos. En casa podía caer un obús y era contraproducente asomarse a la ventana o salir al balcón porque algunos francotiradores se apostaban en las esquinas y disparaban, sin pararse a pensar a qué o a quién. En la calle sucedía lo mismo, era preferible no ver a nadie a encontrarse con alguien que nunca se sabía las intenciones que llevaba.

Julián sí que tiene suerte —pensó—, ahí al lado de casa, sin tener que empuñar un arma ni tener que perseguir al enemigo, ni luchar contra él para abatirle o para que le maten a él. Si Evaristo y Julián se encontraran, amigos de toda la vida, ¿qué pasaría? Yo quiero a uno porque cuando regrese me casaré con él y aprecio a Julián porque es mi vecino y nos conocemos desde pequeños. ¡Qué duro tener que enfrentarse a los propios compatriotas, a los que son amigos en tiempos de paz! No entiendo a las gentes y mucho menos a los políticos. La verdad es que no entiendo nada de los momentos que estamos viviendo.

En los siguientes dos años, no volvió a recibir carta de Evaristo. Sin poder hacer averiguaciones acerca de su paradero, sus padres, ella y don Benigno, padre de Evaristo, le dieron por desaparecido. Sus esperanzas de dicha junto al amor de su vida, se habían perdido por culpa de quién, de aquellos que no sabían perder y de los que no supieron ganar, de los que se enzarzaron en peleas intestinas y dejaron de lado a un pueblo que necesitaba de todo: educación, sanidad, alimentación, carreteras, vergüenza y hasta moral; todo aquello que se había perdido durante, al menos, la última década en que los gobiernos se dedicaron a la trifulca, al mangoneo y no a mirar por el bien de la nación.

Julián visitaba esporádicamente a su madre y esta recibía también, cada pocos días, la visita de Renata. Sabía que doña Amparo no carecía de lo imprescindible, su hijo la proveía de lo primordial, sisando de aquí y de allá, con sumo cuidado de que

sus superiores no se percataran. En alguna ocasión, también le trajo a ella un poco de azúcar, aceite y un par de latas.

Durante aquellos dos largos años de penalidades sin cuento, en los días en que parecía que los de las bombas no tenían ganas de trabajar, se aventuraba hasta San Bernardo para interesarse por la familia de Evaristo. Una tarde de septiembre, presintió que algo no marchaba bien, cuando nadie acudió a abrir la puerta de los Cifuentes. Qué raro —se dijo—, dónde se habrán metido estos dos hombres, si saben que cada quince días acudo puntualmente a visitarles. Llamó y llamó y nadie acudió a su llamamiento. Dio media vuelta y comenzó a descender las escaleras. Cuando ponía el pie en el final del tramo y ya alcanzaba el rellano, una voz la llamó, miró hacia arriba y vio, inclinado sobre la barandilla, el cuerpo de la mujer que la llamaba: era Pilar, la vecina del señor Benigno, que la reclamaba para que volviera a subir.

—El señor Benigno está aquí, en mi casa, le comentó cuando estuvo a su lado.

—Creí que les habría pasado algo. Pensaba volver mañana.

—Les ha pasado —aclaró Pilar—, sí que les ha pasado. Se han llevado a Salvador hace tres días; al atardecer vinieron a por él y, sin más, se lo llevaron.

—Si Salvador es demasiado joven y yo sé que no se mete en líos. ¿Sabe usted qué dijeron al llevárselo? ¿Por qué lo hicieron?

—Ya te he dicho que llegaron y sin más explicaciones se lo llevaron. Como no sea por lo de su hermano.

—¡De su hermano! ¿Qué de su hermano? Si de Evaristo hace casi treinta meses que ni ellos ni yo tenemos noticia alguna.

—Me refiero a que Evaristo lucha al lado de los nacionales —aclaró la vecina bajando el tono de voz— y ya sabes que a alguno esas cosas les chinchán bastante. Bueno, no es que les chinche, es que se inflaman de odio, como si este pobre chico y su padre fueran unos asesinos o algo por el estilo. El caso es que el señor Benigno se puso malo del disgusto y Juan, mi marido, decidió que pasara a casa hasta que se mejorara y ahí le tenemos. Pasa, pasa, se alegrará de verte; a ver

si tu presencia le levanta los ánimos. Si sigue así, se va a poner enfermo de verdad.

Renata entró en la vivienda de la vecina, la cual la condujo hasta el comedor. Allí, sentado en una silla de enea, junto al balcón, se hallaba el padre de Evaristo, triste y con muy mala cara. El pobre señor Benigno rompió a llorar en cuanto la vio acercarse.

—Renata, hija, ¡qué desgracia! Evaristo lejos, no se sabe dónde, si vivo o si muerto, y mi pobre Salvador...

—No llore abuelo —le consoló Renata, mientras le pasaba un brazo por los hombros y le besaba en la frente—. Evaristo no está muerto —mintió—, no piense usted mal; está desaparecido. No tenemos noticias de él porque nadie las tiene de nadie. Lo que no acabo de entender es lo de Salvador, ¿habrá hecho por ahí alguna fechoría que usted desconoce?

—Hija, Renata, ¿tú qué crees? Si Salvador es un pedazo de pan, si de bueno hay veces que hasta parece tonto. Mira que le digo: «espabila que por este mundo tan lleno de podredumbre no puede uno andarse con remilgos», pero ¡son tan buenos mis dos hijos! Evaristo es más listo y las ve venir, claro que para eso es mayor; aunque a buenos no sé cuál de los dos es mejor. Estarás pensando que es pasión de padre, pero aquí doña Pilar bien lo sabe que les vio llegar al mundo y les ha visto crecer, que a pesar de quedarse sin madre demasiado pronto, siempre siguieron la senda del bien.

El señor Benigno siguió hablando maravillas de sus dos hijos: cualquiera que le oyera pensaría que hablaba de dos santos. Renata bien conocía la valía de Evaristo, pero de ahí a ser un ser un santo había un abismo. A ella le parecía un hombre bueno y cabal, pero otros no le veían así, sobre todo sus adversarios políticos, porque él, aunque se había afiliado poco antes de iniciarse la guerra a la Falange de José Antonio Primo de Rivera —el joven dirigente al que muchos admiraban, pero la mayoría odiaban—, aún no había tenido tiempo de manifestar sus ideas ante la gente que le rodeaba. Pero eso no era óbice para que muchos sintieran hacia él odio y rencor, sentimientos que quizá eran los que habían desencadenado la situación en la que

había quedado el señor Benigno, solo y casi desamparado. Salvador era solamente un niño, un joven que le servía de compañía y poco más, aunque para su padre fuera mucho, lo fuera todo.

Poco más de media hora estuvo Renata en casa de Pilar y Juan, prometiendo volver al día siguiente a interesarse por la salud del que hipotéticamente iba a ser su suegro o padre político y cumpliendo así con lo prometido a Evaristo.

A lo largo del siguiente mes, Renata acudió tres veces a la casa de San Bernardo, mientras que el señor Benigno no mejoraba: cada día parecía más delgado y avejentado.

—No quiere comer —comentó Pilar— y tampoco quiere seguir con nosotros, a pesar de que le hemos dicho que está mejor aquí que solo en su casa y para mí es menos molestia el tenerle cerca que tener que estar cada hora pasando a ver qué tal se encuentra y si necesita algo. Mira Renata, a ti te lo voy a decir. A tu suegro no, porque podría sobrevenirle un infarto si se entera: Salvador ha muerto, nos han llegado noticias de que lo han matado, no te puedo decir más, no sabemos detalles, ni dónde está su cuerpo.

—Dios bendito. ¿A qué tanta salvajada? No conformes con matarse en los frentes, se matan en cualquier parte y a cualquiera, sin encomendarse ni a Dios ni al diablo. Lleva usted razón señora Pilar: es mejor que el señor Benigno ignore lo que ha sido de su hijo. ¿Está usted segura de que lo han matado? ¿No será un error?

—Bueno, errores, errores se dan todos los días. Juan ha intentado hacer algunas averiguaciones y ha obtenido pocos datos y todos negativos. Es difícil saber nada concreto de ninguna cosa, tú debes saberlo; pues dime, ¿qué noticias tienes tú de Evaristo? Solo que ha desaparecido. Nadie sabe si está vivo o muerto, pasado cierto tiempo sin haber noticias ¿qué se puede pensar? Pues lo peor hija, lo peor.

Renata salió aquella tarde de la casa de San Bernardo más triste y contrita que nunca. Le parecía que todas sus esperanzas, aquellas que durante tantos meses había tenido confiando en que cualquier día volvería a saber de Evaristo, se le estaban acabando. Todo a su alrededor parecía desmoronarse, al

tiempo que lo hacía la mayoría de las casas que se encontraba en su camino de retorno a la suya. Tenía el pálpito de que la suya no sería bombardeada. Pensaba que al estar cerca de una iglesia sería respetada la zona, como si a los salvajes de turno les importaran un pito las iglesias. Ya se había visto como habían sido tratadas por las hordas, quemándolas sin contemplación de ningún tipo, aun antes del comienzo de la maldita guerra. Pero ella seguía confiando, no en balde, pues también su casa se encontraba cerca del cuartel de la montaña del Príncipe Pío, por lo que algunos afirmaban que por un lado seguía siendo un peligro vivir cerca pero, por otro, era una protección porque, al haber sido destruido en los primeros momentos de la contienda, ya no tenía razón de ser el que los nacionales intentaran recuperarlo. Otros afirmaban que eran bobadas, porque en tiempos de guerra nada es predecible.

A pesar de los peligros y en contra de la opinión de sus padres, Renata continuó yendo a visitar al señor Benigno. Llegó ante el portal, cubierto de escombros donde aparecía la escalera al aire. Estaba claro que le había caído un artefacto que había medio destruido parte de la casa. Subió lo más apresuradamente que pudo por el resto de escalera de madera que se tambaleaba a cada paso y llegó ante la puerta de la señora Pilar y el señor Juan. Al abrir, sin más preámbulos, la señora Pilar le dijo a bocajarro.

—Hija, Renata, hoy ya no te voy a abrir la puerta de los Cifuentes, el señor Benigno ha fallecido. Dejó de comer y, por más que insistía yo, él se negaba. El Señor se lo ha llevado, escuchimizado, desnutrido, hecho una verdadera pena, no sabes lo que era verle en estos últimos días: se quedó hecho un pajarito.

—Y ¿cuándo ha sido el óbito?

—El pasado jueves, como sabes, quiso quedarse solo y tanto insistió que aceptamos, a pesar del trabajo que me daba entrar y salir constantemente —se quejó la mujer—. Pero hay que ser caritativo y más con los ancianos que se vuelven cabezotas.

—Ya, pero... señora Pilar, ¿por qué no me mandaron aviso?

—Renata, no preguntes esas cosas, no estamos tan lejos unos de los otros y te habrás dado cuenta de la semana que llevamos de tiros y bombardeos. Ni tan siquiera pensábamos que te aventuraras a venir con la que está cayendo, aparte de la nieve y las heladas tan intensas de estos días; lo mejor es no salir de casa. ¡Tienes mucho mérito Renata! El señor Benigno desde el más allá te lo tendrá en cuenta y Evaristo desde dónde esté, también.

—A pesar de todo eso, no podía dejar de venir, no quería ausentarme más días, se lo prometí a Evaristo y, además, quería sinceramente al señor Benigno. Era una buena persona, atento y cariñoso. Ahora con su ausencia desaparece definitivamente la familia Cifuentes, ya que yo nunca he llegado a formar parte legal de ella.

—Cuánto lo lamentamos —comentó el matrimonio casi unísono—. Tienes razón ya no queda nadie, excepto tú, que a pesar de todo pudiste ser y no llegaste a serlo, pero que sepamos, eres lo más cercano, la única familia que les quedaba ¿o no?

—Sí, hasta donde yo sé no tenían ningún otro familiar, al menos cercano, con el que se trataran. El señor Benigno era hijo único y su mujer, la verdad es que no tengo mucha idea. Evaristo nunca me habló demasiado acerca de su madre, quizá porque hacía muchos años que había muerto. Ya se sabe, con los años no es que se olviden los seres queridos, pero...

—En vista de ello —dijo el matrimonio—, creemos que debes dar una vuelta a la casa y ver si te quieres quedar con algún recuerdo, alguna foto u otra cosa que perteneciera a Evaristo.

Renata dudó, pero no eran momentos para remilgos, al fin y al cabo, con su presencia no iba a profanar nada y era la única que tenía derecho a algo. Los vecinos, buenas personas, eran los poseedores de las llaves de la casa de los Cifuentes: podían entrar cuando quisieran y llevarse todas las pertenencias que desearan, nadie les iba a poner veto y tampoco a reprochárselo. La rapiña estaba a la orden del día y ellos no iban a rapiñar nada, sino a proveerse de cosas que les fueran útiles y que ya nadie, salvo los ladrones o saqueadores de pisos que de todo había, se llevaran lo que les viniera en gana. Aceptó la sugerencia

del matrimonio, quienes la acompañaron, le abrieron la puerta y, discretos, se retiraron dejándola sola, no sin advertirle:

—Revisa despacio todo lo que quieras, procura hacerlo hoy aunque tardes, no es conveniente que vuelvas por aquí.

Las palabras de los vecinos, las tomó Renata de dos maneras: una por el peligro que suponía exponerse por las calles, una vez que el motivo de sus visitas se había ido al descanso eterno y otra, porque quizá les restaba a ellos libertad de movimientos para hacerse con las cosas que les interesaran.

Estuvo durante más de una hora abriendo y cerrando armarios y cajones, revisando aquí y allá, hasta que finalmente se decidió. Extendió unas hojas de periódico y revistas antiguas sobre la mesa del comedor y comenzó a colocar lo que había apartado y que pensaba llevarse. Lo primero la comida, lo que encontró en la alacena: un par de huevos, un poco de aceite, casi medio litro de leche, un puñado de harina, otro de garbanzos y un pedazo de tocino.

En otro montoncito colocó la foto de boda de los padres de Evaristo, con un último deseo de que, en el caso de que algún día apareciera, poder hacerle entrega de aquellos recuerdos. Incluyó seis fotos de los padres con los pequeños, otras dos de la primera comunión de ambos hermanos, una en la que estaba ella y que a Evaristo se le había antojado que le hicieran en un estudio de la calle del Carmen, más otra de Evaristo, hecha pocos meses antes de haber estallado la guerra y haber desaparecido de su vida.

Preparó un tercer paquete con una cajita que contenía dos broches, unos pendientes y una pulsera que no sabía si serían de oro o simple bisutería, pero que le habían llamado la atención; más un collar de perlas que tampoco sabía si eran falsas o auténticas. Encima de la caja colocó un par de libros que siempre deseó tener: *El Quijote* y *Cuentos de la Alhambra de Washington Irving*. Una vez seleccionado todo, salió a la escalera, llamó a la puerta de los vecinos y les invitó a entrar, enseñándoles todo lo que había recogido y que pensaba llevarse. Su criterio poco le importaba en aquellos momentos, pero no quería servir de comidilla a nadie.

Les entregó en mano el contrato de alquiler de la vivienda y les enseñó otro contrato, esta vez de propiedad de una casa en un pueblo de la provincia de Ávila, contrato que estaba a nombre de la difunta madre de Evaristo: doña Carmen Torres Gutiérrez. Éste me lo llevo, por si alguna vez regresa Evaristo —comentó—, al tiempo que lo guardaba en el bolso de mano.

Le pareció que la señora Pilar la miraba con conmiseración, como pensando que era una ilusa (Evaristo había desaparecido y por lo tanto era como si hubiera muerto, pero si quería mantener la ilusión, ¡allá ella!). De su marido, el señor Juan, Renata recibió otro tipo de mirada, algo así como un reproche, al comprobar como guardaba en su bolso el contrato de la casa de Ávila.

Una vez que los vecinos vieron qué cosas se llevaba, envolvió todo lo mejor que pudo, para que nada se le cayera por el camino. De pronto, se acordó de que en la cocina había visto una bolsa de cuero de las de ir a la compra y allí se encaminó. A su regreso al comedor metió todo en ella. Se despidió cariñosamente del matrimonio y abandonó la casa de Divino Pastor, tantas veces visitada a lo largo de los años y más intensamente en los dos últimos, para no volver nunca jamás a pisarla.

Cabizbaja y triste regresó a su casa, sorteando los obstáculos que encontraba en su camino: montones de ladrillos y escombros que servían de parapeto o trinchera, para aquellos que se apostaban en las esquinas; restos de basura, desechos de muebles que caían de las casas, destrozadas por los obuses. Cagadas y meadas que nadie se ocupaba de recoger y sí de expulsar de sus cuerpos. Todo era miseria a su alrededor y, un hedor a veces insoportable que le producía náuseas.

Cuando llegó a casa, Renata dejó caer la bolsa y se echó en brazos de su madre, rompiendo a llorar desconsoladamente.

—Hija, ¿qué te ha pasado para que vengas así? ¡Cuánto has tardado! Ya estaba preocupada. No quería que fueras y mira como vuelves, ¿qué te ha pasado? —Volvió a preguntar doña Encarna.

—Físicamente nada mamá, nada me ha pasado, no he tenido ningún mal encuentro, si es eso a lo que te refieres. Es que el padre de Evaristo ha fallecido.

—¡Vaya por Dios, hija mía! ¿Cuándo le dan sepultura?

—Ya lo hicieron, no han avisado debido al mal tiempo y porque no se han querido aventurar hasta aquí bajo los bombardeos. Les comprendo, bastante han hecho con procurar darle tierra y saber en qué parte está, aquí en este papel me lo han anotado; lo guardaré, por si algún día sobrevivimos y me da por acercarme al lugar donde se encuentra.

—Renata hija mía, ¡qué asco de vida! Pero dime, ¿qué traes en esa bolsa?

—Ya lo ves —contestó ella abriendo los paquetes y colocando sobre la mesa de la cocina las pertenencias recogidas de casa de Evaristo—.

—Me lo han sugerido los vecinos y me pareció bien y apropiado traerme estas cosas. Al fin y al cabo, ya no queda nadie en la familia que pueda reclamar nada.

—Supongo que no pensabas así cuando guardaste los recuerdos. Lo has hecho porque, en el fondo, esperas que Evaristo regrese algún día, ¿no es así?

—Pues no lo sé, no sé qué pensé ni fui consciente de nada; tampoco reflexioné sobre por qué elegí esto que he traído. Los alimentos sí, esos sí los cogí a conciencia, ya ves, son muy pocas cosas, pero por poco que sea, nos va a venir bien. Lo demás, los libros, porque me gustan. Podía haber traído muchos más, pero no podía venir muy cargada. El resto, pues no lo sé, quizá sea eso, lo que tú has dicho, que todavía no he perdido la esperanza.

—Ha venido a buscarte Julián, quería charlar contigo y agradecerte los ratos que pasas con su madre.

—Sí, demasiadas visitas a unos y a otros, confortando aquí y allá y a mí, quién lo hace, si no fuera por vosotros. Me estoy convirtiendo en una monjita de la caridad.

—No exageres Renata, «haz el bien y no mires a quién».

—¡Jolín mamá! Te estas pareciendo a Evaristo que se pasaba el tiempo dando consejos y diciendo refranillos.

—Ni mucho menos, hija mía. A ver, Julián ha dicho que cuando volvieras, si podías, te pasaras por su casa. Parecía muy interesado en tu visita.

—Maldita la gana que tengo de subir. Estoy agotada por lo del señor Benigno y por ir saltando de hoyo en hoyo y de montículo en montículo; cada vez están peor las calles.

—Tú verás, eres la que tiene que decidir. Al fin y al cabo, solo son dos pisos.

Renata calló y volviendo a ponerse el tabardo, abrió la puerta, salió al descansillo, subió los tramos de escalera que le separaban de la casa de los Bernárdez y llamó a la puerta. Al momento, sintió los pasos apresurados de Julián que le abrió, franqueándole la entrada.

—Ya era hora, Renata. ¿Cuánto has tardado?

Renata le miró circunspecta, preguntándose a qué venía la impaciencia de Julián.

—¿Qué pasa Julián? ¿a qué tanta prisa? ¿Tienes que volver esta misma noche a tu acuartelamiento?

—No ¿por qué me lo preguntas? No tengo que volver hasta pasado mañana. Me han dado un día de permiso.

—Entonces, tú dirás, ¿qué es lo que querías o lo que quieres para tanta urgencia?

—¿Estás enfadada Renata? ¿qué te pasa? ¿estás disgustada conmigo o con mi madre? —preguntó el joven al verla tan poco receptiva.

—No, qué va, es... por otras cosas; problemillas que surgen en la vida.

—Sigues sin tener noticias de Evaristo, es eso ¿no? Es por lo que pareces triste y disgustada. Pero bueno, pasa, no te quedas en la puerta.

—Sí y no —contestó Renata a la pregunta de Julián, mientras avanzaba delante de él, hacia el comedor, donde se encontraba su madre, la señora Amparo.

—¿Qué quiere decir sí y no? ¿Que has tenido noticias de Evaristo o que no?.

Antes de contestarle, Renata saludó a la señora que estaba haciendo ganchillo, sentada en la mecedora, donde pasaba la mayor parte de las horas.

—¡Buenas tardes, doña Amparo! Parece que le ha cundido mucho la labor desde el lunes.

—¡Hola Renata! Ya lo ves, me ha cundido bastante, sí. ¡Qué le voy a hacer! No hago otra cosa y de esta manera me distraigo; mientras cuento puntos, no pienso. Siéntate donde quieras, estábamos esperando a ver si venías para merendar juntos.

—Dicho así, suena muy bien. ¿Qué se celebra? Si es que se celebra algo, aunque yo hoy estoy para pocas celebraciones.

—La verdad es que no tienes muy buena cara, estás como desencajada. ¿Te ha sucedido algo? No deberías andar sola por esas calles de Dios, que más bien parecen calles del diablo. Anda, siéntate y dinos, ¿qué te sucede?

—Lo que me ha sucedido es... —hizo un paréntesis y tomó aire antes de responder—. He ido a ver al padre de Evaristo, ya hacía bastantes días que no iba y me he encontrado con que murió el jueves pasado y eso es lo que me tiene apesadumbrada.

—Es comprensible que te encuentres triste y con pocos ánimos. Una familia más que se ha deshecho —comentó la señora Amparo lamentándose—, pero ahora debes pensar en otra cosa, por ejemplo en tu porvenir. No, no digas nada, ya sé que no es el momento de que pienses en eso, ahora es el momento de que te tomes una jícara de chocolate que va a preparar Julián y de que, con unas rosquillas que hice yo, merendemos los tres. Recuerda lo que se dice: «el muerto al hoyo y el vivo al bollo». Y como hoy en día los bollos no abundan, cuando los hay debemos de aprovecharnos, ¿no crees? Porque lo que es de muertos, vamos sobrados.

Renata, sentada en la punta del sofá, escuchaba a la señora seria y contrita, con las manos entrelazadas sobre la falda. Sabía que la buena señora tenía razón, pero era demasiado pronto para perder la esperanza y olvidarse de aquel recuerdo que le había permitido mantenerse ilusionada durante los últimos meses. Esperaría, la guerra acabaría pronto, algún día no muy lejano. A eso aspiraban ella; doña Amparo; Julián; sus propios padres, don Servando y doña Encarna; y todo el mundo que conocía. Nadie quería que se prolongara aquella agonía. Una guerra despiadada que se estaba haciendo interminable.

Mientras la señora Amparo seguía con su perorata, Renata parecía escucharla atentamente, con la mirada puesta en un punto fijo de la habitación. Julián había salido de la sala para preparar el chocolate que su madre había anunciado. Regresó a los pocos minutos con la chocolatera que dejó sobre la mesa en la que ya estaban las jícaras preparadas.

—Está todo listo —comentó eufórico—. ¡Hala! Las dos a la mesa, que se enfría, y el chocolate hay que tomarlo caliente y espesito, como tú bien dices, mamá.

Ambas se levantaron y recorrieron los tres pasos que les separaba de la mesa camilla, acomodándose los tres a su alrededor. Una vez repartido el chocolate y las rosquillas, Renata volvió a preguntar, suponiendo que la deliciosa merienda se debía a la celebración del cumpleaños de uno de ellos.

—Bueno y ahora quieren decirme a qué viene esta sorpresa y qué se celebra hoy.

Madre e hijo se miraron y doña Amparo, poniendo una mano sobre las de Renata y dándole unas cariñosas palmaditas, contestó:

—Nada hija, no se celebra nada en particular, quizá más adelante tengamos algo que celebrar. Hoy solamente nos vamos a limitar a merendar los tres juntos y a gozar de las poquitas satisfacciones que nos proporciona la vida. Come hija, come que te veo muy delgada y desmejorada.

A pesar del poco apetito que tenía en aquellos momentos, Renata tomó dos rosquillas y la tacita de chocolate. Ambas cosas en un primer momento supieron amargas a su paladar, tal vez debido a las lágrimas de pocos minutos antes, pero según fue mordisqueando las rosquillas y echando traguitos de chocolate, se sintió mejor y agradecida a sus vecinos por compartir con ella aquellos manjares. Ya no necesitaba cenar, con la merienda era suficiente para pasar una noche tranquila y si no había ningún ruido sordo que la interrumpiera, dormiría de un tirón, ni tan siquiera le quitaría el sueño, la duda que la embargaba sobre a qué se debería tanta atención por parte de doña Amparo y su hijo. Notó extraños a los dos, como si quisieran hacerle alguna confidencia y no

se hubieran atrevido, pero enseguida se olvidó de ambos y solo recordó lo rico que estaba el chocolate y lo sabrosas que hacía doña Amparo las rosquillas.

Renata había regresado a casa dispuesta a meterse en la cama de inmediato. Había sido un día agotador después de lo que tuvo que pasar para llegar y volver de su visita, al señor Benigno en la calle de Divino Pastor. La desagradable y triste sorpresa de su desaparición de este mundo, la revisión que llevó a cabo en la casa, la recogida de las cuatro pertenencias y, finalmente, sostener el tipo ante doña Amparo y su hijo, sonreír sin tener ganas y charlar de banalidades. Ahora, su madre, nada más abrir la puerta, lo primero que hizo fue interesarse por lo que le habían dicho en el piso de arriba.

—¿A qué venía tanta urgencia por parte de Julián?

—No lo sé mamá, nada de particular, me requerían para que compartiera una merienda con ellos. No voy a cenar, me han dado rosquillas de anís y dos jícaras de chocolate. Hoy nada de cena, estoy saciada.

—¿No te han dicho si es que celebraban algo? Así sin más ni más, no se invita a nadie en estos tiempos —siguió insistiendo la señora Encarna.

—Pues no, nada me han dicho, solamente que Julián había traído provisiones y entre ellas el chocolate. Supongo que me han invitado como agradecimiento por la compañía que de vez en cuando le hago a la señora Amparo. Así lo he considerado y es lo menos que pueden hacer por alguien que la consuela en ausencia de su hijo.

—Sí, es un detalle por su parte el acordarse de ti. Anda hija, acuéstate y descansa, que vaya día que has pasado. Muchos así y acabas con tu salud, espero que a partir de hoy se acaben tus disgustos y preocupaciones.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Nada especial, muerto el señor Benigno, a ver si se va acabando todo lo relacionado con Evaristo. Qué termine pronto esta asquerosa guerra y qué todos volvamos a tener un poco de paz.

—Tienes razón mamá, ya he estado pensando en ello, aunque todavía no tengo las ideas muy claras, pero sí, creo

que voy a tener que comenzar a olvidarme de Evaristo y de lo que supuso y podía haber supuesto en mi vida. No sé si la culpa es de la guerra, del destino o de nosotros mismos, ya sabes el dicho: «entre todos la mataron y ella sola se murió».

—Si hija mía, pero aquí en esta casa todavía no se ha muerto nadie. El peor, tu pobre padre, con esa infección de boca que nada pueden hacer por él. No hay sulfamidas, ni tampoco le pueden extraer las muelas, al parecer son dos las que le producen la infección y así sigue el pobre mío sufriendo de día y noche que ni duerme ni deja dormir. Ya dicen que «no hay cosa peor que un dolor de muelas».

—Mamá ¿tú has cenado? Solo te preocupas de los demás y tú a veces te olvidas hasta de comer.

—Sí hija, sí lo he hecho, y lo tuyo lo guardaré para mañana. Al fin y al cabo, un poco de ahorro no viene mal. ¡Hasta mañana! Y procura descansar.

No descansó demasiado, la tensión del día había sido tan intensa que a lo largo de la noche fueron varias veces las que se despertó. Una de ellas le pareció oír a su madre y se acercó a la puerta de su habitación. Llamó despacio con los nudillos.

—Mamá, mamá, ¿pasa algo? —preguntó; y la alterada voz de su madre contestó de inmediato.

—Pasa, hija, pasa. Es tu padre, le está subiendo la fiebre y los paños de agua y vinagre no le hacen nada, ya no sé qué hacer.

—Necesitaría que le viera un médico. Así no puede seguir, tiene ya casi toda la cara hinchada. Mírale mamá, ya le llega la hinchazón más arriba del ojo y está casi inconsciente.

—¿Qué podemos hacer? Ni tú ni yo vamos a salir a estas horas de la madrugada a la calle. Si acaso, habrá que echar mano de Julián.

—Sí, subiré a llamarle, tenemos suerte de que esté en casa. Pero, ¿de verdad crees que papá está tan mal como para despertar a Julián a estas horas?

—Hija, yo que sé, claro que él se podía acercar a San Bernardino a la farmacia, como viven encima. Y don Ángel podría darle algo para calmarle la fiebre a tu padre.

—Está bien, me echo el abrigo y subo a casa de doña Amparo. Me da un corte que ni te lo imaginas. Julián acaba de llegar ayer por la tarde.

—A ver Renata, Julián viene de ahí al lado, no del otro extremo del país, porque a ver, ¿dónde te crees que queda Colmenar? —Replicó la señora Encarna, casi enfadada.

Renata no contestó, sin más, salió, subió la escalera y llamó al timbre del piso de Julián. Tuvo que repetir la llamada cuatro veces, hasta que por la entreabierta mirilla apareció Julián, quien abrió la puerta con cara despavorida.

—Renata, ¿qué haces tú aquí a estas horas? Vaya susto que nos has dado. ¿Sucede algo para que andes recorriendo la escalera a estas horas?

—Sucede sí y lo siento muchísimo —se disculpó ella—. Compréndelo, no tenemos a quién recurrir. Mi padre se ha puesto muy mal y mamá y yo te agradeceríamos que te acercases donde don Ángel, el farmacéutico, a ver si puede darte algún remedio para la alta fiebre que tiene papá.

A Julián, no pareció hacerle mucha gracia tener que salir a la calle a altas horas de la madrugada, aunque fuera solamente a cien metros de la casa, pero por Renata, era capaz de cualquier cosa y mucho más en aquellos momentos en que Evaristo parecía haber desaparecido por completo, o así lo pensaba él. Le había dejado el camino libre y veía a la joven más cercana a sus deseos.

Renata, ignorante de los pensamientos de Julián, le quedó inmensamente agradecida por lo que iba a hacer por su familia. Tanto era así que se brindó para acompañarle a la farmacia.

—Estás loca, Renata, no digas bobadas —contestó desabrido—. Tengo bastante con ir yo solo a estas horas.

Partió Julián para la farmacia, regresando a los pocos minutos con unos sobres que desleídos en agua debería tomar el enfermo cada tres horas para bajarle la fiebre y unas pastillas para calmarle el dolor.

De nada sirvió la diligencia de Julián, al día siguiente, a media mañana, don Servando, fallecía de una bacteriemia, según figuró en el certificado de defunción firmado por un

médico que, gracias a la intervención del farmacéutico, consiguieron que se acercara hasta la casa.

—Desgracia tras desgracia, ¡mierda de vida! —Repetía Renata, mientras Julián a su lado, intentaba consolarla, al regreso de solucionar el papeleo para poder enterrar al difunto. Lo que era tarea ardua, en unos momentos tan difíciles como los que se estaban viviendo en Madrid.

—Has tenido suerte. Tu madre y tú habéis tenido suerte de que yo estuviera aquí con permiso, ya sabes —seguía recalcando Julián, como si quisiera que ella no lo olvidara—. Fíjate que sería de vosotras si no fuera así —intentaba apaciguarla mientras le echaba un brazo por los hombros, vendiéndole el artículo de su presencia—. Di, ¿qué hubierais hecho de no haber tenido yo estos dos días de permiso?

Renata calló porque no tenía palabras para rebatir a Julián y tampoco tenía ánimos para decirle que si ella fuera hombre y él necesitara su ayuda, no dudaría en brindársela, sin necesidad de darse tanto a valer y echarlo en cara.

Se celebró el entierro y madre e hija se quedaron solas con su dolor. Julián se fue a cumplir con su obligación de intendente y doña Amparo en su casa, preocupada con sus propios problemas y sus negros pensamientos, porque doña Amparo era una mujer débil, delicada de cuerpo y de poco espíritu. Una de esas mujeres que toda la vida había carecido de problemas. Doña Amparo había sido mimada en exceso primero por su marido y, a la muerte de este, por su hijo: «Una mujer entre algodones», como decía doña Encarna.

Si la vida era dura, ahora lo iba a ser mucho más. «Haciendo de tripas corazón», Renata y su madre, salieron aquella misma tarde, dispuestas a coger con la cartilla de racionamiento del difunto todo lo que fuera menester y legal, antes de dar de baja la cartilla. En unos momentos tan difíciles, nada se podía dejar al albur.